

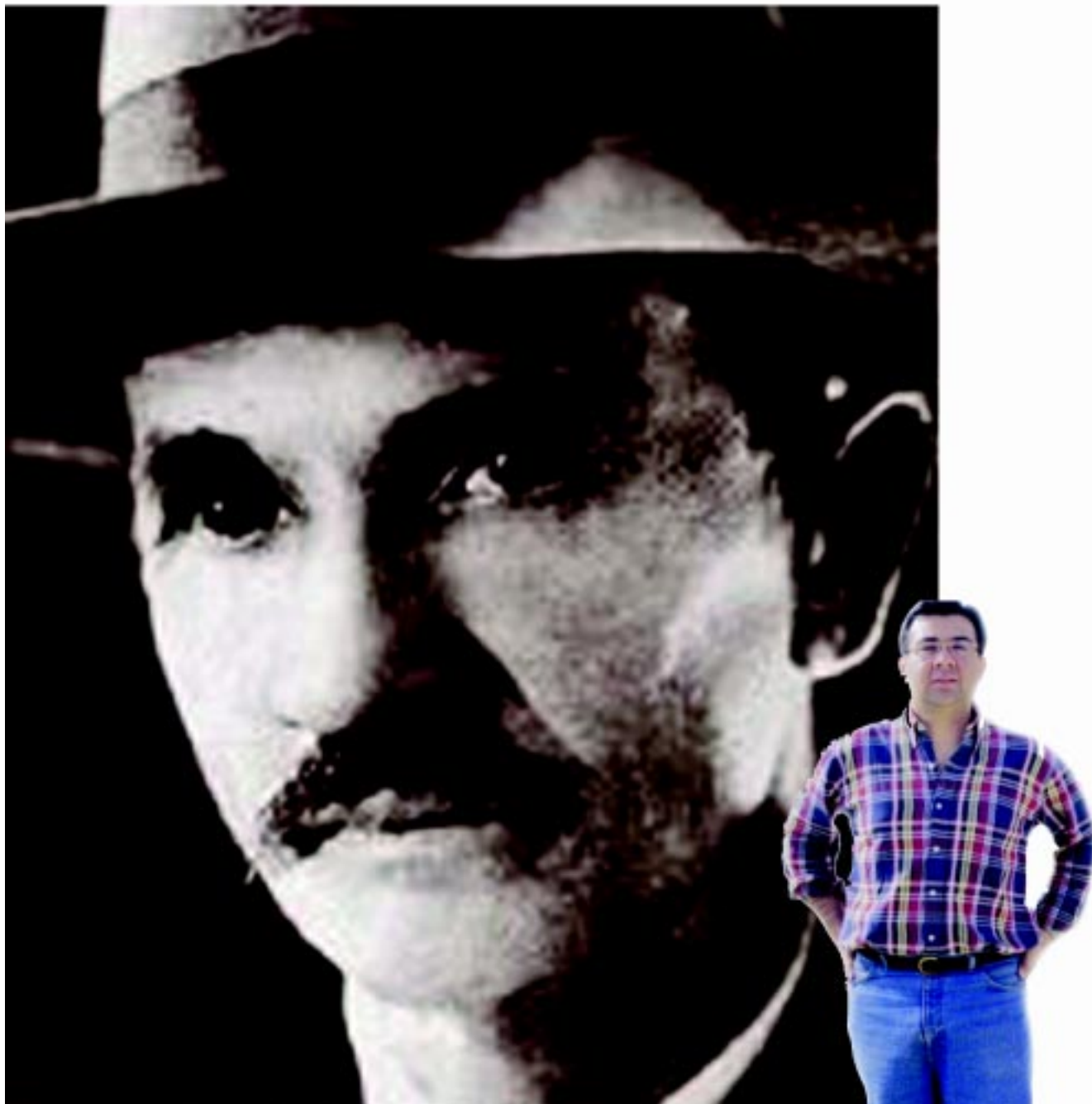
aula abierta

SECCIÓN DEL SUPLEMENTO TRES MIL EN APOYO A LOS PROGRAMAS DE LENGUAJE Y LITERATURA DE EDUCACIÓN MEDIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Influencias modernistas en la crónica urbana de Arturo Ambrogi

ÁLVARO DARÍO LARA

Ponencia presentada en la V Conferencia Científica de Centroamérica y del Caribe, Cátedras Martianas, Ciudad de Guatemala, Guatemala, junio de 2007.



Arturo Ambrogi. A un costado, el escritor y académico Alvaro Darío Lara.

PARTE I

CONTEXTO HISTÓRICO

La obra literaria del narrador salvadoreño Arturo Ambrogi (1875-1936) se inscribe fundamentalmente, en esa transición compleja que significó el final del siglo XIX y los inicios del siglo XX. En el plano económico social y político, la aparente, hasta entonces, sociedad post-independentista, donde el orden colonial aún no había desaparecido del todo en la práctica, comienza a transformarse aceleradamente en función del nuevo orden: la república cafetalera nace respondiendo a las sempiternas características de una economía marcada hasta el tuétano por la dependencia hacia las economías del primer mundo. Las reformas liberales de 1881, particularmente, la que por decreto expropia a los indígenas y campesinos de las tierras comunales y ejidales en función del cultivo y ciclo cafetalero, acentuarán la ya deteriorada condición de los más humildes salvadoreños. La inmigración europea se hace sentir en las áreas del comercio, la banca y la inversión agrícola, dividiendo a la sociedad nacional en dos polos diametralmente opuestos: la gran oligarquía que se beneficia de la agro-exportación, una burguesía muy compacta y reducida; y las clases populares compuestas por indigentes, indígenas desheredados, campesinos pobres y una sector obrero incipiente.

Influencia de Arturo Ambrogi páginas 1, 2, 3 y 6.

Acta de Independencia de España, 1821 páginas 4 y 5.

Acta de independencia de la provincia de San Salvador página 7.

Carta a los patriotas de Salarrué página 8.

En el plano estrictamente político se estilaban las más diversas formas de caudillaje político, de tendencias conservadoras y liberales, que viven alternándose el poder, sin efectos esenciales en la estructura vigente. Época de los caudillos militares y civiles como los González, los Zaldívar, los Guirola, los Figueroa, los Menéndez, los Ezeta, los Gutiérrez, los Regalado, los Escalón; una cadena sucesiva apenas interrumpida por el gobierno de aspiraciones progresistas del doctor Manuel Enrique Araujo, el presidente asesinado en 1913, en uno de los parques de la ciudad capital, a los que tan afecto fue nuestro escritor Ambrogi. Luego la dictadura Meléndez Quiñónez, el gobierno de intenciones menos dictatoriales de Pío Romero Bosque, la llegada al poder del ingeniero Arturo Araujo, que tanta simpatía y colaboración política recibió inicialmente del pensador y escritor, Alberto Masferrer, para cerrar este período con el golpe de estado a Araujo en diciembre de 1931, y el inicio de la feroz dictadura de Maximiliano Hernández Martínez entre 1931 y 1944.

Este es el marco en que transcurre la existencia del escrito Arturo Ambrogi. Una sociedad altamente marcada por la exclusión, el autoritarismo y la visión europeizante de las clases hegemónicas.

En términos generales el sistema educativo es sumamente deficiente, y la Universidad de El Salvador, apenas tiene escasas décadas de haber sido fundada, ya que su creación se produce en 1841.

Del caudillaje civil y militar, más o menos alternativo en la figura de sus exponentes, la sociedad salvadoreña llega a una prolongada dictadura militar.

ASPECTO BIOGRÁFICO

Ambrogi fue hijo de un inmigrante italiano, Constantino Ambrogi, que llegó a El Salvador en el siglo XIX y que contrajo matrimonio con la salvadoreña Lucrecia Acosta.

El padre de Ambrogi escaló posiciones políticas y económicas en la sociedad salvadoreña, se dedicó a la milicia, obteniendo el grado de general de división, y a las actividades agrícolas. Fue en esos viajes a las propiedades de su padre, donde Arturo, escritor nato, tuvo contacto con la realidad rural salvadoreña.

Ambrogi escribió y publicó desde su temprana juventud, además integró círculos literarios, sociedades y tuvo a su cargo la co-edición de revistas y periódicos literarios de la época, como "El Fígaro", "La Semana Literaria", "La Pluma" "La Quincena" y otros.

Viajó y ejerció el periodismo en América del Sur, principalmente en Argentina y Chile, Asia, África y Europa. Fue director de la Biblioteca Nacional de El Salvador, y censor de prensa.

Respecto a su personalidad se le

recuerda por su temperamento irascible y desdeñoso, dotado de particulares cualidades profesionales para la creación literaria y poseedor de un amplia cultura y fino gusto. Gallegos Valdés anota sobre Ambrogi, refiriéndose al autor luego de sus viajes al exterior: "Después se volverá sedentario, amargado por la pequeñez aldeana, ante la que reacciona con mordacidad" (1). Ambrogi nunca se casó si tuvo, al parecer, descendencia. Murió en 1936.

Entre sus obras, prácticamente narrativas todas, con excepción de algunas composiciones poéticas, mencionamos: "Bibelots" (1893), "Cuentos y Fantasías" (1895), "Máscaras, Manchas y Sensaciones" (1901), "Al agua fuerte" (1901), "Sensaciones Crepusculares" (1904), "Marginales de la vida" (1912), "El tiempo que pasa" (1913), "Sensaciones del Japón y de la China" (1915), "Crónicas Marchitas" (1916), "El libro del trópico" (1918), "El Jetón" (1936) y la publicación posterior de algunas de sus crónicas y textos literarios bajo el título de "Muestrario" (1955).

TEXTO Y CONTEXTO LITERARIO

En la obra de Ambrogi pueden apreciarse claramente las influencias del naturalismo y el modernismo. El primero a lo largo, de su expresión vernácula, donde exhibe todas sus condiciones de maestría literaria al tomar el escenario "natural", el paisaje desnudo, agreste, indómito, descarnado y matizarlo con todo el color y la paleta del consumado acuarelista. Aunque el escenario sea la campiña salvadoreña, otrora caracterizada por abundante vegetación tropical y tierras dedicadas al cultivo de cereales, café, frutales y una apreciable ganadería, el lenguaje, la libertad lingüística en sus modalidades regionales sólo es privativa de las circunstanciales intervenciones de los protagonistas, ya que Ambrogi, es ante todo, un narrador, un cronista, no un cuentista; todo lo demás está escrito en la corrección española, pero impregnada de un cromatismo, una musicalidad, y esa textura de suave giro y flexibilidad idiomática, que le proporciona su afrancesamiento. Cito un fragmento de su texto titulado "Las primeras lluvias

de Mayo, tomado de El Libro del Trópico: "La primera lluvia de Mayo ha caído esta tarde. Ha caído bruscamente, después de todo un día de calor exasperante. De pronto, el sol se ha ocultado; y el cielo, de un intenso añil, ha comenzado a descolorarse, a ponerse ceniciento, a ennegrecerse por último. Se ha cargado de nubes hollinosas que se amontonaban en el horizonte, en inmensos bloques. Ha comenzado el viento a sacudir los follajes, a levantar remolinos de polvo y a arrastrar avalanchas de hojas secas. La luz cobriza de los relámpagos ha hecho hendiduras profundas en el espacio grumoso. Y la lluvia ha principiado a caer. Han sido primeramente unos cuantos goterones los que, desprendiéndose de lo alto, han comenzado a apedrar la tierra. En seguida, el goterío se ha tornado nutrido e insistente. La tierra se esponjaba, fruida; dilatada, ávida, sus poros; se hartaba de fresca. Ha llovido larga, interminablemente. Hasta bien entrada la noche ha estado diluviando. Y cuando los grifos celestes han dejado de derramarse, ha principiado a correr una brisa húmeda, impregnada del aroma de la tierra mojada y de las emanaciones de las hojas redivivas. El cielo, limpio de nubarrones, ha cobrado una diáfana pureza. Y entre la raigambre de viejos roncós, los grillos han principiado a estridular". (2)

Como podemos apreciar Ambrogi es el modernista para quien las sensaciones de la realidad, sobre todo del entorno natural y humano, son la materia prima para ir estructurando su obra.

Importante es el contexto nacional literario en que aparece la obra ambrogiana, sin lugar a dudas, precedido por una figura clave del modernismo centroamericano, el maestro salvadoreño Francisco Gavidia, quien comparte con Rubén Darío, sus experimentaciones estilísticas sobre el alejandrino español. Sin embargo, más importante para Ambrogi, será el Parnaso Americano donde sobresalen las voces del mismo Darío, José Martí, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Lugones y otros; en el ámbito universal voces influyentes son Emilio Zola, Hugo Wast, Flaubert, Gautier, France y Balzac.

Escuchemos al propio Ambrogi, refiriéndose al respecto, en un texto titulado "Modernistas Americanos" que integra su libro "Cuentos y Fantasías": "Los modernistas americanos aman con entusiasmo la novedad. Buscan cómo dar a sus páginas una nota atractiva y cautivante. Ríe en ellas la frase picaruela, bulliciosa; el párrafo se desarrolla como una rica tela bordada". Y continúa: "Hay, en ese breve cenáculo, algunas figuras de importancia que merecen ser bien conocidas. Puede formarse una magnífica galería, en que la pluma luzca sus perfiles de estilo. Corramos la cortina y veamos el fondo del salón. En torno a una mesa



Casa Ambrogi, a media cuadra de la actual Biblioteca Nacional, fue demolida y actualmente hay un punto de microbuses.

se agrupan todos ellos. Preside el "rey", el poderoso Rubén Darío, que ha sido ya juzgado ampliamente por verdaderas notabilidades. Hay vacío un lugar, el de Manuel Gutiérrez Nájera, que ha partido para el viaje eterno. José Martí vela desde el cielo por sus amados compañeros. Él es el iniciador del modernismo en América; él es el padre. Enrique Gómez Carrillo, descuella por su espíritu altamente reflexivo. Es el crítico del grupo. Ha sabido él, castellano neto, dar a sus páginas un elegante corte francés" (3).

Ambrogi reconoce la corte modernista, no escapando a sus influencias, y a medida que pasa el tiempo, y su pluma va profesionalizándose, se vuelve más controlado, más concentrado, sin que esto menoscabe su fina estampa. Es curioso, como refiriéndose a su colega cronista el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, se retrata, en buena medida, a sí mismo.

II LA CRÓNICA URBANA DE ARTURO AMBROGI

La crónica modernista continuará en las líneas esenciales su clásico curso: narración hecha por un testigo presencial o de época, donde la minucia por el detalle, el deleite por el recuerdo abundante en descripciones imprime el talante que distingue al texto. Sin embargo, es en el plano de lo sensorial, donde los modernistas se explazarán, dando cuenta de un mundo que se está transformando a pasos agigantados.

Arturo Ambrogi escribe una crónica de ambiente campestre; una crónica que traslada sus impresiones de personajes fuertemente telúricos, pero también de los grandes artistas, escritores y figuras públicas que conoce en sus viajes. Particularmente interesante, resulta su crónica urbana, tanto nacional como cosmopolita. Para efectos de este análisis hemos escogido como corpus representativo cinco textos, seleccionados bajo el criterio del mundo citadino que presentan, estos son: "Los últimos naranjos del Bolívar" (Marginales de la vida), "El despertar en Kyoto" (Sensaciones del Japón y de la China), "El despertar de la ciudad" (El libro del trópico), "Los ruidos de San Salvador" (Muestrario) y "La entrada triunfal" (Tomado del periódico La Prensa, 22 de junio de 1935).

"Los últimos naranjos del Bolívar" constituye una breve crónica donde Ambrogi se conduce, con evidente enojo e indignación, por la tala de tres árboles de naranjo en el antiguo parque Bolívar, actualmente Parque Barrios de San Salvador, dice el autor: "Paseando ayer por la tarde por el Parque Bolívar, mis ojos se detuvieron, al acaso, en tres viejos árboles de naranjo, los tres únicos supervivientes de aquel copioso bosque de antaño (que fue atractivo de la capital) y que

el mentiroso afán de progreso de un Alcalde cretino echó un día por tierra despiadadamente, para sustituirlos con los antiestéticos e inútiles árboles que hoy proporcionan exigua sombra, y en nada embellecen el desguarnecido paseo" (4).

"El despertar de Kyoto", narra en tierras asiáticas la ciudad que inicia el día: "Un tren, el "Express" Kobé-Osaka, silba largamente, al entrar en agujas y el eco repercute en la Montaña, alternando el sueño de las vetustas divinidades acurrucadas en las capillas de sus templos. Casi al alcance de mi mano domino el arranque de Shingo-Machi, "la gran arteria de Kyoto", recta, ancha, por la que veo deslizarse la nube de "kurumas" como escuadrones de zompopos; en la que las tiendas, las más grandes, las de más lujo, las más famosas de toda la ciudad, van, seguramente, abriéndose una tras otra; en la que la multitud se afana, se apretuja, transita sin estorbarse, sin codearse siquiera cambiando incesantes sonrisas y ceremoniosas reverencias..." (5).

"El despertar de la ciudad", crónica casi periodística, de frase corta y certera, como en un guión cinematográfico, Ambrogi, no pinta ahora, saca instantáneas que luego irán formando este cortometraje en blanco y negro que el tiempo implacable, ha vuelto sepia. Sigamos la ruta del mañanero Arturo que pasea por esa ciudad que era en realidad, una aldea, como él la llama con un tanto de cariño, y acaso, quizá, otro tanto de reproche amoroso; a ratos condescendiente, a ratos airado, veamos: "Por la esquina del Fénix, el tranvía del Hospital se arrastra, tardo, sobre los rieles medio sepultos en el fango de la calle. Suena un timbre. El carro va casi vacío. Apenas, en un extremo, un estudiante, lee en un grueso libro forrado en un periódico. Frente al estudiante, una mujer, con su canasto sobre las rodillas, va, con dirección al Mercado. El tran-

vía se arrastra. Pasa frente a la Catedral. Pasa frente al Palacio Nacional, y va a perderse en el bulle-bulle del Mercado. A lo lejos se oye el timbre sordo, que va sonando, sonando, terca, pertinaz, pidiendo que le abra paso la humana. Me detengo en la esquina del Parque. La Universidad está cerrada. La ciencia bosteza aún, dentro del edificio de tablas. En el asta de la bandera, se ha detenido un pajarillo amarillo, un chíó, que agita sus alas y esponja, al sol, el plumón. El ciprés de la Catedral, afila su aguja inmóvil, la que siempre está apuntando al cielo como un índice" (6).

Años después el hombre ya maduro, el escritor experimentado en todas las lides de la expresión, no reconoce la ciudad antaño cantada con placidez, quedamente. Así, se lamenta en "Los ruidos de San Salvador": "Así, ita vez!, en la paz del Cementerio podamos disfrutar de ese inalterado reposo que nos niega la vida moderna que se gasta el San Salvador de ahora. Se acuesta uno temprano, renegando. Se acuesta con el desalado bocineo de los autos. Pasa el día entero con la misma musiquita aturdiéndole los oídos, quitándole la atención para realizar cualquier acto que la requiera. Y con el odioso ruido se acuesta y con el mismo odioso ruido se levanta. Y si sólo fueran los autos, las camionetas, los camiones, las motocicletas, toda la confabulación del estruendo mecánico, la que llenara de ruido el corazón de la ciudad". Añade más adelante con desesperación manifiesta, nuestro literato: "Conforme el tiempo transcurre, surge un grito nuevo. Grita el sorbetero ambulante. Grita el del carretoncito de los frescos. Grita, y suena su triángulo de hierro, el del tubo de los barquillos. Gritas el que expende dulces en su batea. Grita el que vende leche helada por vasos. Rayando el mediodía, los voceadores pregonan: "¡La Prensa!" (que se está poniendo muy seria, muy sesuda.

¡Como que ya está entrando a vieja!...) Suenan los pitos de las fábricas. Suenan las campanas de las iglesias. Se lamenta largo, largo, una falaz sirena. Las oficinas vomitan turbas de empleados. Las calles se llenan del murmullo de una muchedumbre suelta, que camina presurosa, camino de sus casas" (7)

Finalmente en este recorrido por la crónica urbana de Ambrogi, llegamos a su excelente "Entrada triunfal", donde el escritor desacraliza la idea de la patria criolla, republicana de nombre, la realidad popular toma por asalto su palabra, se instala a sus anchas, en esta joya de retrato decimonónico, imagen estupenda de las filas "gloriosas" de uno de los tantos caudillos salvadoreños, el general Francisco Menéndez, cuya entrada "triumfal" (con magistral ironía) en San Salvador, es consignada por Ambrogi, poniendo al descubierto lo que se encuentra oculto por los desgastados discursos nacionalistas y patrioterios. El escenario es la antigua Plaza de Armas, donde la muchedumbre, a escasa diversión real, gustaba abarrotarse para matar el tedio. Ese día entra la capital, el llamado ejército libertador, observemos. "En la Plaza de Armas estaba, en aquel entonces, el mercado. No se había edificado aún, en la Plazuela de Santa Lucía, el Mercado Central, y en la manzana en donde hoy está el parque Dueñas, las vendedoras tenían instaladas, aglomeradas alrededor de la gran pila de mezcla, sus ramadas y sus velachos. Esa mañana no había habido "plaza", y las vendedoras, endominadas, habían, desde muy temprano, embanderado y adornado de manera vistosa sus "puestos". Colmada estaba ya. Como ella lo estaban los tres portales, y el del Cabildo, y todo el espacio descubierto del atrio de la entonces Catedral (hoy Iglesia del Rosario). De los portales y sus graderías, la gente desbordaba hasta el medio de la calle, invadiéndola, sobre aquella multitud flotaba un vaho denso, pasado, de rencidez de sudor, de pedo mal contenido, de tufarada de ropa sucia, de regüeldo apestoso, de emanación pata shuca, de estocada a sexo sin asear. Aquello asqueaba. Provocaba el vómito. Afluía, todavía más gente a la Plaza. Pero tenía que quedarse sin poder entrar a ella, taponeando las bocacalles. Rumor de marea subía de aquella enorme aglomeración. Parecía asistirse a una de aquellas "bajadas" del Salvador del Mundo, en la época de su mayor esplendor".

Esta descripción acusa la mordacidad de Ambrogi, su agudeza crítica, que luego se vuelca en próximas páginas, describiendo al "ejército libertador": "El Ejército Libertador avanzaba lento, tardo. Tal una inmensa boa que desenrollaba sus anillos, pesadote, erizado de puntas de bayonetas y de filos de dagas, que relucían al sol. Los soldaditos no marchaban ya: se arrastraban más bien, enloda-



Fotografía histórica que muestra la represión de que fuera objeto una manifestación de mujeres a principio de siglo. La calle es la 6a Calle Poniente, el edificio de la izquierda es actualmente un kinder del Mercado "Sagrado Corazón"

Acta de Independencia de Centroamérica



Bandera de la Federación Centroamericana adoptada en 1823

Palacio Nacional de Guatemala, quince de septiembre de mil ochocientos veintiuno.

Siendo públicos e indudables los deseos de independencia del Gobierno Español, que por escrito y de palabra ha manifestado el pueblo de esta capital; recibidos por el último correo diversos oficios de los Ayuntamientos constitucionales de Ciudad Real, Comitán y Tuxtla, en que comunican haber proclamado y jurado dicha independencia y excitan a que se haga lo mismo en esta ciudad; siendo positivo que han circulado iguales oficios a otros Ayuntamientos; determinado, de acuerdo con la Excelentísima Diputación Provincial, que para tratar de asunto tan grave se reuniesen en uno de los salones de este Palacio la misma Diputación Provincial, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo, los Señores individuos que diputasen, la Excelentísima Audiencia Territorial, el Venerable Señor Dean y Cabildo Eclesiástico, el Excelentísimo Ayuntamiento, el M.I. Claustro, el Consulado, el M.I. Colegio de Abogados, los Prelados Regulares, Jefes y funcionarios públicos; congregados todos en el mismo salón; leídos los oficios expresados; discutido y meditado detenidamente el asunto; y oído el clamor de viva la independencia, que repetía de continuo el pueblo que se veía reunido en las calles, plaza, patio, corredores y antesala de este Palacio, se acordó por esta Diputación e individuos del Excmo. Ayuntamiento.

1°. Que siendo la independencia del Gobierno Español la voluntad general del pueblo de Guatemala, y sin perjuicio de lo que determine sobre ella el Congreso que debe formarse, el Señor Jefe Político la mande a publicar, para prevenir las consecuencias que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo.

2°. Que desde luego se circulen oficios, a las provincias, por correos extraordinarios, para que sin demora alguna se sirvan proceder a elegir Diputados o Representantes suyos y estos concurren a esta capital a formar el Congreso que debe decidir el punto de independencia general y absoluta, y fijar en caso de acordarla, la forma de Gobierno y Ley fundamental que debe regir.

3°. Que para facilitar el nombramiento de Diputados, se sirvan hacerlo las mismas Juntas Electorales de provincias que hicieron o debieron hacer las elecciones de los últimos Diputados a Cortes.

4°. Que el número de estos Diputados sea en proporción de uno por cada quince mil individuos, sin excluir de la ciudadanía a los originarios de África.

5°. Que las mismas Juntas Electorales de provincias, teniendo presentes los últimos censos, se sirvan determinar, según esta base, el número de Diputados o Representantes que deban elegir.

6°. Que en atención a la gravedad y urgencia del asunto, se sirvan hacer las elecciones de modo que el día primero de marzo del año próximo de 1822, estén reunidos en esta Capital todos los Diputados.

7°. Que entretanto, no haciéndose novedad en las autoridades establecidas, sigan éstas ejerciendo sus atribuciones respectivas, con arreglo a la Constitución, decretos y leyes hasta que el Congreso indicado determine lo que sea justo y benéfico.

8°. Que el Señor Jefe Político, Brigadier Don Gabino Gaínza, continúe con el gobierno superior político y militar; y para que éste tenga el carácter que parece propio de las circunstancias se forme una Junta Provisional Consultiva, compuesta de los Señores individuos actuales de esta Diputación Provincial y de los Señores Don Miguel Larreynaga, Ministro de esta Audiencia; Don José del Valle, Auditor de Guerra; Marqués de Aycinena; Doctor Don José Valdéz, Tesorero de esta Santa Iglesia; Doctor Don Ángel María Candina; y Licenciado Don Antonio Robles, Alcalde 3°. Constitucional; el primero por la provincia de León; el segundo por la de Comayagua; el tercero por Quezaltenango; el cuarto por Sololá y Chimaltenango; el quinto por Sonsonate; y sexto por Ciudad Real de Chiapa.

9°. Que esta Junta Provisional consulte al Señor Jefe Político en todos los asuntos económicos y gubernativos dignos de su atención.

10°. Que la religión católica, que hemos profesado en los siglos anteriores y profesaremos en los siglos sucesivos, se conserve pura e inalterable, manteniendo vivo el espíritu de religiosidad que ha distinguido siempre a Guatemala, respetando a los Ministros eclesiásticos seculares y regulares, y protegiéndoles en sus personas y propiedades.

11°. Que se pase oficio a los dignos Prelados de las comunidades religiosas, para que cooperando a la paz y sosiego, que es la primera necesidad de los pueblos cuando pasan de un gobierno a otro, dispongan que sus individuos exhorten a la fraternidad y concordia a los que estando unidos en el sentimiento de la independencia, deben estarlo también en todo lo demás, sofocando pasiones individuales que dividen los ánimos, y producen funestas consecuencias.

12°. Que el Excelentísimo Ayuntamiento, a quien corresponde la conservación del orden y tranquilidad, tome las medidas más activas

para mantenerla imperturbable en toda esta Capital y pueblos inmediatos.

13°. Que el Sr. Jefe Político, publique un manifiesto, haciendo notorios a la faz de todos, los sentimientos generales del pueblo, la opinión de las autoridades y corporaciones, las medidas de este Gobierno, las causas y circunstancias que los decidieron a prestar en manos del Sr. Alcalde 1°. A pedimento del pueblo, el juramento de independencia y fidelidad al Gobierno Americano que se establezca.

14°. Que igual juramento preste la Junta Provisional, el Excelentísimo Ayuntamiento, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo, los Tribunales, Jefes políticos y empleados en las rentas, autoridades, corporaciones y tropas de las respectivas guarniciones.

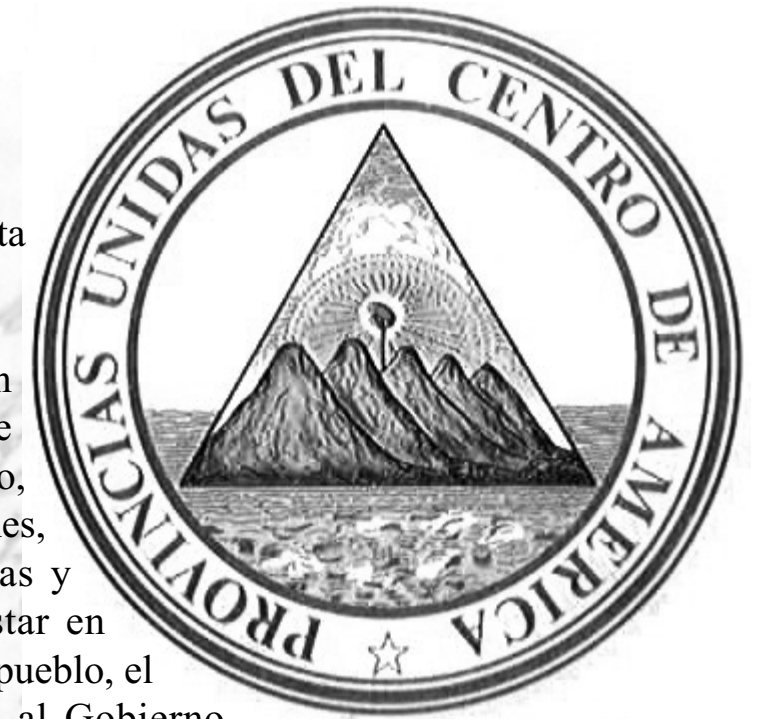
15°. Que el Sr. Jefe Político, de acuerdo con el Excelentísimo Ayuntamiento, disponga la solemnidad y señale fecha en que el pueblo debe hacer la proclamación y juramento expresado de independencia.

16°. Que el Excmo. Ayuntamiento, acuerde la acuñación de una medalla que perpetúe en los siglos la memoria del quince de septiembre de mil ochocientos veintiuno, en que se proclamó su feliz independencia.

17°. Que imprimiéndose esta acta, y el manifiesto expresado, se circule a la Excmas. Diputaciones Provinciales, Ayuntamientos Constitucionales y de más autoridades eclesiásticas regulares, seculares y militares para que siendo acordes en los mismos sentimientos que ha manifestado este pueblo, se sirvan obrar con arreglo a todo lo expuesto.

18°. Que se cante, el día que designe el Sr. Jefe Político, una misa solemne de gracias, con asistencia de la Junta Provisional, de todas las autoridades, corporaciones y Jefes haciéndose salvas de artillería y tres días de iluminación.

Palacio Nacional de Guatemala, septiembre 15 de 1821.- Gabino Gaínza.- Mariano de Beltrana.- José Mariano Calderón.- José Matías Delgado.- Manuel Antonio Molina.- Mariano de Larrave.- Antonio de Rivera.- José Antonio de Larrave.- Isidro del Valle y Castraciones.- Mariano de Aycinena.- Lorenzo de Tomaña, Secretario.- Domínguez Diéguez, Secretario.-



dos de pies a cabeza, derrengados por la fatiga, aturridos por los ardores del mediodía. Cada quien portaba su fusil como mejor le placía. En vano hubiera sido buscar en ellos la marcialidad lo que más impresionaba al público. Lo que más le conmovía. La gente del pueblo, al verles pasar, clamaba, compadecía, casi con lágrimas en la voz: - ¡Véyanlos! Pobrecitos...

Y los soldaditos caminaban, caminaban, arrastrando los pies lodosos, lastimándose en las aristas rudas del empedrado, tropezando en los hoyos del piso disperejo. ¡Pobres soldaditos que nunca han sabido por qué los echan al pleito! ¡Por qué los mandan a que los maten, y por qué ellos matan a sus hermanos, que tampoco saben por qué pelean, por qué los matan y por qué matan a su vez, a quienes nunca les han hecho ningún mal, y que son tan infelices como ellos!" (8).

ANÁLISIS Y CONCLUSIONES

Analizado, en su conjunto, la crónica urbana de Ambrogi tiene como elementos dignos a destacarse los siguientes:

1. Constituye un retrato, una descripción pormenorizada del entorno ciudadano, que en el caso de San Salvador y aún de la misma Kyoto, para el caso, aún conservaban esa fisonomía más de aldeas en camino de convertirse en ciudades al estilo occidental. Es un Ambrogi que se regodea estilísticamente.

2. Evidencia una sociedad de "añejo" como el mismo la denomina caracterizada por la tranquilidad y la quietud, en contraposición con una ciudad de "hogaño", descrita en sus últimas crónicas, donde impera el desorden, el caos, la insensibilidad ante el entorno natural, la contaminación. Ambrogi busca el medio literario como la "catarsis" necesaria, para purificar por medio de su maestría literaria lo que no puede ser resuelto en el orden de la realidad social.

3. Señalamiento a través del dibujo, del trazo psicológico de sus personajes, la existencia de una sociedad polar: una burguesía y un poder indiferente "al buen gusto" y una masa pobre compuesta por campesinos indígenas y sectores marginales muy por debajo de lo que el escritor modernista entiende por "civilización", esto es el orden, la salubridad, acaso la "superación" de las "desventajas" étnicas y del entorno. En este sentido, es sumamente revelador, que al publicar su libro "Marginales de la vida" en 1912 (un título ya de por sí elocuente en esta línea) , Ambrogi siguiendo su tendencia de congraciarse con el poder en turno, dedica el volumen al presidente de la república, a la sazón, el doctor Manuel Enrique Araujo, asesi-

nado tan sólo un año después, en 1913. Ambrogi elogia al mandatario progresista al tiempo que le hace saber su opinión sobre su estilo de gobierno, y sobre la naturaleza de lo que él considera la realidad de estas sociedades. Dice don Arturo, en un fragmento. "Porque en el fondo, aunque parezca paradójico, es Ud., mi querido doctor, un soñador, un intenso soñador. Su labor política lo está probando. Ud., en un terreno ingrato, ha querido hacer fructificar las más bellas simientes de las modernas democracias: sus ensueños, apoyados en sólidos principios científicos, le llevan á la problemática implantación de la República Ideal. Perdónese que se lo diga con franqueza: Ud. está conformado para otros países; su mentalidad, su patriotismo, su consagración desinteresada, merecerían en otro parte, la unánime gratitud, y que la envidia y la infamia, no pusieran en su vida, por nunca su gota de hiel!" (9).

Ambrogi es escéptico que una gestión progresista pueda tener futuro en una tierra que poco falta por calificarla de bárbara. Los hechos de 1913, confirmarían probablemente, el duro pragmatismo político de la coyuntura histórica en que Araujo se encontraba. Sin embargo, la actitud de Ambrogi, en el plano social no es la de un luchador, un visionario, o cosa que se le parezca, para Ambrogi, la realidad humana, por lo menos, en estos ámbitos, es ingrata; por ello, su mayor concentración vital está en la apuesta hacia la imperecedera palabra. Y ahí encontrará, el autor, su definitiva realización. Ambrogi no será un modernista con pasiones nacionalistas por el bien común, al estilo de Martí, y de tantos otros escritores de la época. Para Ambrogi poco se puede hacer en un medio como el propio; pero como ya afirmábamos donde si se entrega el escritor es en la pasión por la letra plena de sensaciones. Esa será su incuestionable ruta y acierto.



El Teatro Nacional de mediados del siglo XIX, fue arrasado por un incendio y en ese mismo lugar se erigió el nuevo Teatro, que actualmente está en reparación por los daños de los terremotos de 2001.

4. Ambrogi escribe recreando en la mayoría de sus crónicas una relativa "estabilidad" que procede de la paz de los caudillos civiles y militares que padece la Patria. Se fuga con incuestionable calidad literaria hacia el entorno campestre y embrionariamente ciudadano; hacia la seducción cosmopolita. Quizá sus grandes complementos literarios y humanistas, en la dimensión de la salvadoreñidad, vía la literatura, sean: el periodista y escritor Alberto Masferrer (1868-1932), gran luchador social, contemporáneo de Ambrogi; y el narrador y artista Salarrué (1899-1975), quien devela un imaginario del hombre del agro, muy en contraposición humana al trato que Ambrogi concede a ciertos personajes campesinos de sus obras.

Hay que recordar que Ambrogi, escribe desde una condición muy asumida, de hijo de padre extranjero, quien además es propietario agrícola, militar de alto rango y funcionario de gobierno. Su ideario político marcadamente conservador, siempre estuvo al servicio de los gobiernos de turno como censor de prensa. Sin embargo, la cargante realidad salvadoreña, hizo que aún bajo esa aparente "estabilidad" del medio que convierte en literatura, la sociedad desigual, autoritaria y excluyente se manifestara en sus páginas, a través de sus refinamientos estilísticos.

5. Ambrogi parece contradictorio por momentos: se entrega a la exaltación de las virtudes del pasado paradisiaco, que comienza a descongelarse frente a sus ojos; luego señala con dedo acusativo al presente anulador, pero se congracia con los avances modernos en otras latitudes, probablemente, porque parte del sino fatal, que en estos países, el ideal del llamado "progreso" es irrealizable, en ese sentido su pensamiento hace conexión con algunas tesis en boga de la época, que consideraban lo étnico

como la rémora que impedía la llegada de la civilización.

6. La obra de Arturo Ambrogi, tiene en conclusión, mucho que entregarnos a los centroamericanos y latinoamericanos de este siglo XXI. Mucho porque es, desde el ámbito de la literatura, una hermosa crónica de gran calidad expresiva; de gran riqueza estilística, de gran factura artística; y desde el ámbito social, un dulce y cruel testimonio de la terrible realidad que los grupos hegemónicos nacionales e internacionales han venido articulando, contra las mayorías oprimidas de nuestros pueblos.

MUCHAS GRACIAS

REFERENCIAS

1. Letras de Centroamérica Gallegos Valdés, Luis. Dirección de Publicaciones e Impresos, Ministerio de Educación. El Salvador, 1990.
2. El libro del trópico (Las primeras lluvias de mayo) Ambrogi, Arturo. Dirección de Publicaciones. El Salvador, 1973.
3. Cuentos y Fantasías (Modernistas americanos) Ambrogi, Arturo. El Salvador, 1895.
4. Marginales de la vida (Los últimos naranjos del Bolívar) Ambrogi, Arturo. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. El Salvador, 1963.
5. Sensaciones del Japón y de la China (El despertar en Kyoto) Ambrogi, Arturo. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. El Salvador, 1974.
6. El libro del trópico (El despertar de la ciudad) Idem.
7. Muestrario (ruidos de San Salvador) Ambrogi, Arturo. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Cultura. El Salvador, 1955.
8. La Prensa, La entrada triunfal. (Periódico salvadoreño) 22 de junio de 1935.
9. Marginales de la vida (Dedicatoria) Idem.

OTRAS FUENTES CONSULTADAS:

Arturo Ambrogi: su vida y su obra. Tesis de graduación para optar al título de licenciado en letras, presentada por: Ávalos Vargas, Julio César. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", UCA. El Salvador, diciembre de 1996.

ACTA DE INDEPENDENCIA DE LA PROVINCIA DE SAN SALVADOR. 21 DE SEPTIEMBRE DE 1821

«En el nombre de Dios Todopoderoso, Trino y Uno, con cuya divina invocación todo tiene buen principio, buenos medios y dichoso fin. En la ciudad de San Salvador del Mundo, a las nueve y media de la noche de hoy veintiuno de Septiembre del año de mil ochocientos veintiuno, primero de nuestra independencia y libertad. Impuesto ya el señor Intendente, Jefe Político Accidental, Dr. D. Pedro Barriere, del acta sancionada en Guatemala, en quince del corriente, y circulada a estas provincias, con acuerdo y a instancia de todas las autoridades que se reunieron para declarar, como efectivamente declararon en aquel memorable día, la Independencia del gobierno Español, en los términos que se leen en dicha acta y en el manifiesto que con la propia fecha circuló el señor Jefe Político superior D. Gabino Gaínza, en que se enuncian los fundamentos y razones impulsivas que del modo más imperioso exigían tan alta resolución: De acuerdo el citado señor Intendente y el señor Alcalde primero D. Casimiro García Valdeavellano, dispusieron que en aquella hora concurrieran a este Ayuntamiento todos los individuos, y se convocara también a los jefes militares, la señor Cura Rector y Vicario, a los Prelados Regulares, a los vecinos principales de todas clases y que se excitara a todo el vecindario, como se hizo por repiques de campanas, música y fuegos artificiales. Verificada la reunión con numerosísimo pueblo, se le hizo entender la causa del regocijo, que también manifestó el suyo en medio de unos transportes inexplicables, con vivas, aclamaciones e infinidad de demostraciones, que explicaban, del modo más enérgico que generalmente tenían todo de este señalado y venturoso acontecimiento, que fija la felicidad futura. En este estado dispuso, como primer paso, conducirse todos a la Santa Iglesia Parroquial a darle al Dios de las Misericordias las debidas gracias, por tamaño beneficio. En el templo se dio principio leyéndose por el Coadjutor Br. D. Crisanto Salazar literalmente la Acta expresada, como monumento sagrado de nuestra libertad; y concluido este acto, todo el concurso postrado en tierra, dio adoración a Dios Sacramentado, se cantó con la mayor solemnidad el TEDEUM, y volviéndose el Ayuntamiento a las casas consistoriales, entre vítores y aclamaciones del numeroso pueblo que le seguía, a puerta abierta se repitió la lectura el acta citada. Enseguida, puesto en pie el señor Jefe Político, que preside el acto, exigió del Sr. Alcalde 1º (Así lo pidió el pueblo) que le recibiera el juramento debido, para poder funcionar; y en efecto lo hizo solemne por Dios nuestro Señor, la Santa Cruz y los Santos Evangelios, de guardar y hacer guardar la Independencia; ser fiel a la Monarquía Americana, y observar el Gobierno que se establezca y las leyes que se sancionen. Concluido éste acto, en la forma de estilo se acordó que para mañana a las diez prestasen juramento los individuos de este Ayuntamiento, corporaciones, empleados y oficinistas y que enseguida se publiquen por bando con toda la pompa y solemnidad posibles, la referida acta y manifiesto circulados por el señor Jefe Político Superior, allanándose previamente con el Sr. Coronel y Comandante de Armas, el correspondiente auxilio: que se anuncie al público en dicho bando que para el día veintinueve del corriente se verificará con toda la solemnidad que permite el corto tiempo intermedio, la publicación y proclamación correspondientes; y el día treinta se celebrará, también solemnemente, la misa de gracias, y se recibirá juramento del pueblo: de todo lo cual quedó entendido para tomar sus disposiciones el Señor Cura y Vicario Br. D. José Ignacio Zaldaña, que a todo ha estado presente. Se permitió al pueblo, en deshago del entusiasmo y júbilo, que no ha podido reprimir al ver conseguidos sus deseos, que continúe en sus regocijos la honradez y moderación correspondientes a la preciosa y deseada ocurrencia, y se dieron todas las providencias de precaución para conservar el buen orden. También quedó acordado que sirviendo éste cuaderno en principio, se forme un nuevo libro para extender las actas del Ayuntamiento Nacional en papel común, mientras se sanciona si, fuera de las materias judiciales, se ha de usar del papel sellado, por obtener el actual el signo de dependencia de la dominación española. Con lo que se concluyó esta Acta, que firmaron con su Presidente los individuos de este Ayuntamiento.- Pedro Barriere, Casimiro García Valdeavellano, José Ignacio Zaldaña, José Rossi, Milián Bustos: Gerónimo de Ajuria, Francisco Del Duque, Santiago Rossi, Trinidad Estupinián, Juan Bautista De Otondo, Francisco Ignacio De Urrutia, Narciso Ortega.- Por mandato del Muy Noble Ayuntamiento: Pedro Miguel López.- Srio.»

Tomado de: Navarrete, Sarbelio, 1996, La Verdadera Fecha de Nuestra Independencia.

El sembrador desconocido SALARRUÉ

Ayer cumplió un año de muerto Agustín Farabundo Martí. Queremos dedicar a su memoria estas breves líneas; primero, porque fue nuestro amigo y varias veces estuvimos a solas conversando de las cosas del espíritu, cosas que han movido nuestras naves, cada una por su ruta; y segundo, porque Martí, por su calidad de hombre de ideal, de renunciador, de héroe, se merece la admiración de todo hombre bueno, no por sus ideas, sino por su entereza e inegoísmo, para sostenerlas.

Agustín era un hombre sencillo, sin vanidad, sin debilidad. Había bajado su testuz, como los toros, y con los ojos cerrados, recio atacaba la sombra que le exasperó, la misma sombra voluminosa que enardeció al soñador Ricardo Alfonso Araujo. El amor de ambos a los sufridores, a los oprimidos, los elevaba a la calidad de padres. Su parcialidad era casi intempestiva y no veía más allá de los engañosos hechos. Creía ingenuamente en la felicidad del pobre y en la infelicidad del rico y todo esfuerzo por demoler, con el ariete de la filosofía, este cimiento de odio, fallaba pronto. Con la temeridad del indio picado de tamagás que se vuela de un tajo la mano, así Farabundo Martí se lanzaba sobre ese miembro de la sociedad que consideraba engangrenado. Sabía que le costaba la vida y no tembló. Llegó su hora, y en el mismo Día de la Madre entregó su cuerpo a la madre tierra, como semilla de su ensoñada liberación.

Publicado en Cipactli, n.º 181, Año XIII, agosto-septiembre de 1944. (Fragmento tomado de la Revista Cultura, Número 95, enero-abril 2007)



Mi respuesta a los patriotas

Salarrué

21 de enero de 1932

Mis amigos me han dicho «Tú que eres sereno, tú que ves las cosas con los ojos adormilados, tú que estás siempre en la tierra del ensueño, en ese mundo irreal a donde los golpes de la marea de aquí abajo no llegan, por lo mismo, por eso, tú debes dar tu opinión en estos momentos en que la patria se encuentra en la indecisión. Apunta tu microscopio y dinos que ves y como lo ves, de algo ha de servirnos, hazlo por patriotismo, dínate pisar con tus plantas la tierra firme, siquiera por una vez...». Y se han echado a reír. Conozco en su manera, que lo han dicho en parte como burla amistosa, con el cariño que infunden los locos pacíficos, en parte en serio y es por ello que yo me he quedado perplejo y me he sentido luego como incomprendido, tenido como un ser vago e inútil, de un mundo problemático. Y me he indignado en mi dignidad de hombre y he alzado mi grito de protesta como la voz en el desierto escribiendo esta respuesta a los patriotas sin nombre...

Yo no tengo patria, yo no sé que es patria: ¿A qué llamáis patria vosotros los hombres entendidos por prácticos? Se que entendéis por patria un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones. Vosotros los prácticos llamáis a eso patria. Yo el iluso no tengo patria, no tengo patria pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en un trozo de papel satinado); tengo Cuscatlán, una región del mundo y no una nación (cosa vaga). Yo amo a Cuscatlán. Mientras vosotros habláis de la Constitución, yo canto a la tierra y a la raza: La tierra que se esponja y fructifica, la raza de soñadores creadores que sin discutir labran el suelo, modelan la tinaja, tejen el perraje y abren el camino. Raza de artistas como yo, artista quiere decir hacedor, creador, modelador de formas (cosa práctica) y también comprendedor.

La mayor parte de vosotros se dedica en su patriotismo a pelearse por si tienen o no derecho, por si es o no constitucional, por si será fulano o zutano, por si conviene un ismo u otro a la prosperidad de la nación. La prosperidad es para vosotros el tenerlo todo, menos la tierra en su sentido maternal. Capitalistas embrutecidos, perezosos y bribones muestran sus caras abotagadas y crueles a no menos crueles comunistas pedigüeños, sórdidos y rapaces. Mientras estos dos bandos en todos sus grados de intensidad se gruñen unos a otros, nosotros los soñadores no pedimos nada porque todo lo tenemos. Ellos se arrebatan las cáscaras y nos dejan la pulpa: - El pan es mío, todo mío, dejadme vender el pan», gritan unos; «no» dicen otros: «tenemos hambre y el pan es nuestro, porque la tierra es nuestra»...

Mientras nosotros los soñadores, sin que nadie se oponga, hacemos crecer la espiga embelleciendo el paisaje, gozamos la música del maizal que sonrío con la brisa, recogemos cantando la mazorca y dejamos el comerla a tarascadas a los puercos.

El cafetalero es un pedante que habla del mercado, de la baja, del alza, cuenta pisto agachado sobre las mesas, husmea costales y no ha estado nunca tirado al fondo de un cafetal, en el misterio de las noches de luna; no nota la belleza del grano sangriento cuando resbala entre los dedos de las cortadoras cantarinas, no conoce el aroma y la leyenda de la flor del cafeto. El azucarero no ha oído nunca el susurro consolador de los cañaverales, ni ha visto meterse al chipuste en marejadas armoniosas. Todos ellos gritan alrededor de una sola cosa: el dinero. Unos quieren ganar el quinientos por ciento y otros quieren que se les suban sus salarios. El comunista usa un botón rojo y habla de degollar, llama justicia al buen pan y buen vino bien compartido, y no han sabido nunca del saber dar a quien todo lo tiene, que es quien nada tiene.

El indio del arado y de la cuma que hace el paisaje agrario bajo el sol crudo, está satisfecho de hacer vivir con sus manos toscas y renegridas, manos de Dios, a un pueblo entero que se entrega a una locura llamada política; que no sólo es infructuosa sino dañina. Este indio vive la tierra, es la tierra y no habla nunca de patriotismo. Ni teme al extranjero que nada puede quitarle de lo él, a menos de quitarle la existencia.

Yo que paso en la tierra del ensueño, según vosotros, yo estoy más en el corazón de la tierra, arraigado de verdad y con raíces abajo y queriendo florear por arriba. Si la tierra de Cuscatlán se alzara un día personificada llamando a sus hijos, a mí, de los primeros me reconocería y no a los políticos y a los istas de esta cosa llamada patria. El Salvador y demás zarandejas que simbolizan con banderas y escudos y que señalan con fronteras imaginarias. No, no soy patriota ni quiero serlo; tengo mejor concepto de un guineo patriota que de un hombre patriota. A mí no me agarran ya con esas cosas respetables. Ni siquiera trabajo en Patria, trabajo en Vivir, es decir, no en la patria sino en la vivienda, terruño o querencia, como diría Espino. Vivienda, sí, con sueño y todo, pero viviendo una vida real, la vida que se saborea como vino sagrado. Yo no aro ni siembro ni cosecho la tierra: oficio ante el altar y doy las gracias en nombre de los soñadores cosechando un grano invisible que desgrano de la mazorca de la vida y de la espiga de la costumbre; ¿que cosa es vuestra patria que yo no la miro?.. Me pedís que descienda a vuestra realidad y no se donde poner el pie; por todos lados encuentro arena movediza. Si yo os invito a que vengáis a mi terruño, tendréis amplio campo donde correr y sudar; podréis untaros las manos en barro fresco y llenaros el pecho de aire puro. En esa vuestra patria yo sólo respiro odio, cobardía, incompreensión.

¿Que diera yo por traeros a esta mi tierra; ¡...Ya los pocos que había conmigo se han marchado; me encuentro casi solo. Solo con el indio contemplativo y la mujer soñadora. Ya no hay Miranda Ruano que escriba Las Voces del Terruño, libro que ya nadie lee; Ambrogi habla constantemente de Quiñonez; los Andino escriben «Política»; Bustamante es empleado de juzgado; Castellanos Rivas se hace Secretario Particular; Guerra Trigueros no oye mas caer las estrellas en la fuente inmemorial; Julio Ávila se dedica al comercio; Llerena enmudece; Gómez Campos tiene tienda; Paco Bamboa se doctora; Salvador Cañas «prepara» a sus muchachos; Masferrer ya no canta; Gavidia discute sobre el radio; Chacón hace seguros de vida; Rochac habla de finanzas; Villacorta se queja de la tesorería; Vicente Rosales anda en corrillos; Miguel Ángel Espino es fuente seca; y en fin, me veo solo en la tierra de la realidad, apenas con un Mejía Vides que quiere ir al estero a pintar un tiempo (como Gauguin en Tahiti) y un Cáceres que sueña y llora en los rincones del «Atlacat».

Sí, ¿qué diera por traeros a esta mi tierra! (Que no es hipotética, como la vuestra): cerros enmontañados, y llanos ondulantes en donde al salir el sol cantan los gallos, en donde no hay artículo número tal, sino un árbol de grata sombra; en donde no hay el inciso cuarto; sino el ojo de agua para la sed; en donde la ley de tal cosa está representada por la lluvia, por la luna o por el viento.

Lírico, sí, es verdad; pero lírico sobre el polvo de la tierra y no prosaico e insípido sobre hediondos conceptos y rancias doctrinas. Lírico bajo el cielo azul, y no sórdido bajo la loza del ismo.

Como me lo pedís, he pisado ya con mis plantas la tierra firme; pero la mía, no la vuestra, que no es firme ni es tierra sino humo (del feo). Lo he hecho porque me habéis obligado, porque al fin habéis conseguido distraerme de mi «éxtasis azul impráctico» y hasta habéis logrado indignarme un segundo.

Sabed de una vez por todas, que no tengo patria ni reconozco patria de nadie. Mi campo es más amplio que esa tajadita de absurdo que queréis darme. Mucho más amplio. Ni siquiera el mundo. Ni siquiera el cosmos...